

NOVELA

«MAGDA AGUILAR», NOVELA por
Delie Rouze. 1931.

Parece que un excesivo amor a todo lo francés indujo a la señora Delia Rojas a traducir su nombre españolísimo. Tan sólo así se explica un seudónimo asaz original. La señora Delia Rojas ha elegido una máscara casi transparente para hacer su jornada literaria con humildad. Pero puso quizá demasiado espíritu en la búsqueda del seudónimo, pues durante la lectura de su librito éste nos persigue como una idea fija, como un moscardón. Ya que la obra comentada es tan lisa, tan parva de contenido esencial, nos vemos obligados a hacer jurisprudencia sobre la firma del autor, que debe responder de lo que a su sombra se cobija, y que, en realidad, no lo desmiente.

Las máscaras con que los actores griegos denotaban su carácter llamábanse «personas». Estereotipaban con gestos inmóviles las diferentes pasiones. El seudónimo del autor de «Magda Aguilar» es todo una persona... Y si éste hubiese escondido un poco más las manos para mover a sus personajes, de por sí desleídos, habría alcanzado un relativo acierto, dentro de una suave medianía. En «Magda Aguilar» sucede lo estrictamente necesario, y no gracias a un espíritu de síntesis, sino porque su autor se propuso llenar unas pocas páginas, teniendo en cuenta de que no se toleran hoy los novelones por entregas. La se-

ñora Delia Rojas posee entonces un cierto y determinado tino. Pero la lista de sus libros publicados y por publicar es crecida. No obstante, alabamos la bella actitud de esta dama que, cuando comenzaba a brotar el verdadero interés por la cultura en la mujer chilena, se empeñó en fomentarlo. Sus libros son los nuevos aportes de un tesoro ejercicio. Si el sentido de sus páginas queda bajo el dominio de la inanición, su forma es correcta. Pero «Magda Aguilar» está mucho antes de la novela.—*C. Valier B.*

SAINT - SATURNIN, por *Jean Schlumberger*.—N. R. F.—1931.

La excelente novela que Jean Schlumberger, el amigo de Proust y de Gide, acaba de publicar con el nombre de Saint-Saturnin, constituye un pequeño acontecimiento dentro de la vida literaria francesa de los últimos años que, a pesar de los diversos concursos incitantes, sigue opaca y sin relieve.

No es, claro está, una obra maestra en el sentido clásico. Debemos resignarnos a vivir, entre tanto, uno de esos como remansos de la vida literaria en que el genio francés reposa entre uno y otro parto grandioso con obras correctas, obras que no hacen época y que una época produce para que con ella terminen ni representativas, ni disonantes, que son el «plato del día» del apetito literario.

Pero si la novela de Schlumberger no es tal vez una obra trasdental, está en cambio animada de un efec-